

Angeles y solitarios

Todo libro es el final de un proceso; de muchas horas de trabajo, de certezas e incertidumbres, de hallazgos y equívocos. Por eso, y en la medida que uno ha puesto lo mejor de sí en su escritura, al momento de su publicación me parece importante compartir con los amigos la alegría que ello significa y, sobre todo, considero necesario agradecer a quienes -como ustedes hoy- de un modo u otro han estado cerca de la creación de esta novela: *Angeles y Solitarios*.

Nunca he sido muy afecto a explicar mis obras, sus supuestas bondades o intenciones, como si se tratara de seguros o acciones de la bolsa. Soy más intuitivo que teórico. Escribir es siempre crear nuevas historias. Me interesa contar una historia y que quienes la lean se sientan parte de ella y se identifiquen con sus personajes y situaciones. Creo que el escritor dice su verdad en los cuentos o novelas que escribe y que lo demás - interpretaciones o esbozos críticos- son palabras que sólo dan un reflejo borroso de ese algo misterioso que es escribir una novela que de la nada se va poblando de seres y hechos que a uno le ocupan el seso durante un largo tiempo.

EL PESIMISMO ACTIVO

Sí quiero decir que *Angeles y solitarios* -novela originalmente llamada *Morir de madrugada*- es la quinta historia de y con Heredia, personaje, detective de largos tragos y esplín que por estos días cumple diez años de vida literaria, ya que fue a fines de 1985 cuando terminé de escribir *La ciudad está triste*, la novela en la cual nace Heredia y se instala a mi lado, como una sombra que he tenido que sobrellevar en más aventuras de las esperadas, generándose ese afecto y lazo irrenunciable entre un autor y un personaje que, luego de tanto tiempo, suele caminar por su cuenta, imponiendo sus códigos y exigencias; y sólo de tarde en tarde se acerca hasta mi escritorio para contarme algo de sus cosas.

En esa fecha -fines de 1985- era una suerte de navegante solitario en el relato policíaco chileno. Existían algunos antecedentes: Camilo Pérez de Arce, Alberto Edwards, René Vergara, Luis Enrique Délano; pero esos y otros nombres más parecían algo remotos, olvidados por los críticos

y los prejuicios. Afortunadamente, desde entonces han aparecido más navegantes. Entre otros: Bartolomé Leal recorriendo los barrios africanos; Mauro Yberra por las playas de Papudo; Mauricio Electorat en París; Guillermo Chávez en Temuco; Luis Sepúlveda en algún rincón de Alemania, acompañado de Belmonte, un personaje con nombre de torero. Todos con sus historias, contribuyendo a generar un resurgimiento y la dignificación de la narrativa policial en nuestro país. Hecho que me alegra, como lector y como autor que reconoce en dicho género amplias posibilidades de desarrollar una literatura realista, vital, que refleje el mundo y la época en que vivimos. Todos aspectos que al menos a mí me interesa reconocer en la literatura que escribo y habitualmente leo.

Para los que conocen las anteriores historias de Heredia, esta novela les permitirá reencontrarlo con su ánimo de costumbre. Con ese pesimismo activo que lo lleva a recorrer las calles próximas a la Estación Mapocho, siempre dispuesto a enfrascarse en un lío mayúsculo. Ya que, como el mismo Heredia suele decirlo, apoyándose en una cita de Ross MacDonald, el escritor, no el dueño de las hamburguesas: "Yo elegí esta profesión o ella me eligió. Me obliga a chapotear en el dolor humano, pero no estoy buscando otro trabajo". Tal vez, algo similar podría decir acerca del oficio de escribir.

POESIA DE ADIOSES Y DE BALAS

En *Angeles y solitarios*, una carta y el nombre de un viejo amor que emerge del pasado, obligan a Heredia a retomar su cansado e irrenunciable oficio de investigador privado. Acompañado de su "pequeña poesía de adioses y de balas" y de su gato Simenon -cada vez más flojo e impertinente- inicia su pesquisa por los bordes de Santiago hasta descubrir el trasfondo corrupto y secreto que envuel-



RAMON Díaz Eterovic: "una carta y un viejo amor".

ve la fabricación de un gas mortal. Obsesionado con una justicia frágil y ambigua, Heredia se las arregla para conocer a los culpables y establecer un precario equilibrio.

Pero no todo es investigación criminal. Y en verdad no me importa que el acertijo resulte obvio. Sí me importa recrear a la gente, el mundo confuso, distorsionado en que vivimos y el hecho de que cualquier hombre honrado acaba pareciendo un ingenuo, un ser fuera del sistema, atípico. Como en mis anteriores novelas, el enigma a resolver por Heredia es un pretexto para reflexionar acerca de la marginalidad de una ciudad como Santiago, sus poderes ocultos y la violencia que se anida en sus calles. Para reflexionar sobre esas preguntas que siguen haciendo Los Beatles en una de sus canciones: "Toda la gente solitaria, ¿de dónde viene? Toda la gente solitaria, ¿a dónde pertenece?"

A través del ir y venir de Heredia he querido entregar una radiografía de nuestra sociedad actual, sobre nuestra democracia de cartón piedra que, en materia de sombras, resabios dictatoriales, negociados y claudicaciones de todo tipo, ofrece tema de sobra porque, como de costumbre, la injusticia de unos pocos se impone a los derechos y la libertad de la mayoría. El viejo cuento: sólo que con nuevas etiquetas y la algarabía de los que se creen dueños de la historia o predicán su fin. Se trata entonces de escribir de lo que nos rodea, tal vez con la simple pretensión de provocar en los lectores una mirada más atenta, menos complaciente de la época en que vivimos. No justifico la literatura ni el oficio de escribir si no provocó en los lectores una mirada distinta, un juicio crítico, un espacio para encontrarse a sí mismos, de imaginar y de soñar incluso lo imposible.

Nada más, entonces, que invitarlos a encontrarse con esta nueva historia y agradecerles su compañía en esta noche -de ángeles y solitarios- tan importante para mí y, desde luego, también para Heredia que, como tiene la sana costumbre de dormirse en los lanzamientos de libros, prefirió quedarse en su oficina, por aquí cerca, en el barrio, próximo, pero a la vez muy lejos de todo lo que ocurre en esta Estación ●

RAMON DIAZ ETEROVIC (*)

(*) Texto leído por el autor en la presentación de su novela en la Feria Internacional del Libro en la Estación Mapocho.